

Francisco Javier Pérez Atanet

AL DIOS DESCONOCIDO



© 2021 Editorial Independiente

© Francisco Javier Pérez Atanet, 2021

Primera edición: Noviembre, 2021

Cubiertas: Juan Carlos Martínez y Mar Creativos ©
www.marcreativos.com

Corrección: Lydia Rodríguez Mata
Repaso definitivo del texto: Iván Martínez Hulin

Editorial Independiente
Ediciones Literarias Independientes, S.L.
www.editorialindependiente.com

ISBN: 978-84-123608-2-0

Depósito legal: MA 1590-2021

P.V.P: 20,00 €

Impreso en España por: Publicep IdPrint

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de este libro por cualquier medio sin la previa autorización por escrito de los propietarios del *copyright*.

«... porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.»

Gálatas 3:27-28

1

Judea, año 135 d.C.

Vátlor lanzó otra piedra. Y otra más... La siguiente golpeó la rebaba rocosa con fuerza y salió despedida, separándose del farallón en una curiosa parábola para terminar cayendo al agua del arroyo.

La tarde tocaba a su fin y el joven sintió frío, pero siguió recogiendo piedras y tirando contra la roja pared de arenisca. Se disponía a lanzar otra piedra; la sostuvo entre sus dedos... Aquella no era una piedra de arenisca, era más dura, y Vátlor pensó que podría hendir la roca y crear otra de esas peculiares parábolas. Una racha de viento lo estremeció y se detuvo. Fue entonces cuando notó una presencia y se volvió.

A lo lejos pudo distinguir la silueta y el andar apresurado de su hermano Jonás. Mientras este se acercaba, Vátlor reparó en lo aparentemente ridículo de su situación y se movió agitado y errático, con la sensación de no poder pensar con claridad, paralizado y bobo.

Al llegar hasta él, Jonás se tomó un momento para recuperar el aliento.

—¿Pero qué haces aquí? ¿Qué te ha pasado? Llevo todo el día buscándote... ¿Y las ovejas?

La indignación de Jonás aturdió aún más a Vátlor.

—Me las han robado... —titubeó.

Jonás se mordió el labio y suspiró rabioso.

—¿Zelotes?

—Supongo. Me golpearon y...

—Se las han llevado todas. ¿Cómo se las han llevado?

—Eran unos diez hombres. Cogieron... Tenían cayados, así que se las llevaron arreándolas.

Jonás seguía sin mirar a Vátlor a la cara, observando el lugar con gesto de desprecio: piedras, algún matorral y un pasto ralo y seco. Abatido, se arrodilló y se sentó sobre los talones.

—Mira que venir hasta aquí... ¡Pero si aquí no hay nada! Nadie viene hasta aquí.

En efecto, el agreste paraje distaba varios kilómetros de Jericó y estaba a las puertas del desierto. Una hondonada apartada de toda vista, con un farallón de piedra arenisca como fondo y un incoherente arroyo de aguas turbias. El doble fondo lo aportaba el Monte de la Tentación, a poca distancia, todo roca, tiempo y erosión.

Pero en aquellos días, en contra de lo que decía Jonás, la zona estaba empezando a ser bastante transitada. La guerra contra Roma había desatado el bandidaje y el expolio; la desesperación y el exilio. La gente huía del país buscando los pasos menos frecuentados o abriendo senderos alternativos para apartarse de las carreteras principales en la medida de lo posible. Una de estas carreteras era la peligrosa vía de Jerusalén a Jericó, que bajaba desde la meseta de Judea hasta la depresión del Jordán. Algunos de los senderos improvisados para evitarla pasaban por el páramo en cuestión. Sin embargo, a la vista estaba que aquella desviación tampoco era infalible, debido a que bandidos y zelotes campaban a sus anchas por todos lados.

Vátlor se agachó a por una piedra y se dio la vuelta para lanzarla. Ordenó un poco sus pensamientos antes de responder.

—Pero yo no me vine hasta aquí con las ovejas. Fue después, al levantarme.

—¿Cómo que al levantarte?

—Me arrojaron al suelo y me obligaron a no volverme mientras se alejaban —dijo Vátlor reparando en el gesto ceñudo y descreído de su hermano—: si lo hacía, me matarían. Después me desorienté.

Jonás era tres años menor que él, pero más maduro, más centrado. De un tiempo a esta parte le profesaba cierta inquina y se habían distanciado. Vátlor conocía los motivos, pero no sabía cómo abordarlo, de modo que se limitaba a ser amable y tratar de no darle importancia.

—Yo había estado pastoreándolas sin alejarme mucho de la calzada.

Jonás volvió a explorar mirando a uno y otro lado.

—Quizá un par de estadios —añadió Vátlor—. Menos...

—Y luego tomaste la dirección opuesta.

—¿Sí?

—Del todo opuesta, te has ido bien lejos... ¿Y qué pensabas, dormir aquí?

—Sí.

Jonás miraba atónito a su hermano. Estaba acostumbrado a sus extravagancias y a una adicción a la soledad que iba en aumento y que lo conducía a actitudes un tanto dementes, o por lo menos ilógicas. El hecho de que lo hubieran atacado tenía sentido y Vátlor presentaba algunos rasguños en la cara, pero era su desidia lo que desconcertaba a Jonás. A Vátlor todo aquello no parecía importarle lo más mínimo; se diría que hasta hubiera disfrutado por el solo hecho de tener una excusa para estar ausente.

—¿Te desorientaste? ¿Por qué? Eres un pastor y llevas toda la vida en el campo. ¿No sabes mirar al sol o al paisaje? ¿O... a las estrellas? O simplemente por intuición, Vátlor, no me digas que no sabes volver a casa.

Vátlor bajó la mirada y no dijo nada.

—Últimamente tengo problemas para... —dijo entrecortadamente—. Me pierdo con mucha facilidad. Pero las ovejas me llevan de vuelta.

—Está bien, vamos a dejarlo... De todas formas, siempre andas por este tipo de sitios. ¡Si no hay nada!

—Hay algunos matorrales que son buenos para ellas.

—Puede ser. En fin... —dijo Jonás, dándole a Vátlor una tregua. Luego volvió a observarlo—. ¿Y qué llevas en la cabeza? —exclamó confundido ante lo que parecía ser una especie de cinta o cintillo hecho con pajas trenzadas.

Vátlor se tocó el cintillo, pero no dijo nada. Jonás lo miró como a un loco, permaneció pensativo y, finalmente, optó por zanzar aquella absurda conversación y emprender el camino de regreso.

—Venga, vámonos —dijo.

Salieron las primeras estrellas. Si no se marchaban ya, incluso a él iba a costarle orientarse. Antes de levantarse, volvió a mirarlo perplejo. Vátlor había lanzado otra piedra y estaba fijo en cómo caía, concentrado y despreocupado de todo lo demás.

—¿Qué estás haciendo, Vátlor?

Vátlor escrutó el suelo, seleccionó otra piedra y volvió a lanzar.

—Tirar piedras contra esa roca —respondió cuando la piedra cayó al arroyo después de rebotar en la pared.

—¿Y si yo no te llego a encontrar? ¿Solo se te ocurrió eso, lanzar piedras?

Entonces el hermano mayor, absorto en las parábolas que describían sus proyectiles al chocar contra la roca, sentenció:

—Lanzar piedras contra una pared no es malo. No podía pasarme nada.

Y Jonás comprendió que no había nada que hacer. Se levantó y echó a andar sin esperarle.

Nota

El libro en su formato de papel consta de 462 páginas.

Francisco Javier Pérez Atanet

AL DIOS DESCONOCIDO

